

quiso leer el pasaje; y le hizo observar que sigue inmediatamente: *Recibid al que es débil en la fe*, aplicándose estas palabras á sí mismo. Entraron en la casa, fueron á dar á Santa Mónica tan feliz nueva, que la llenó de júbilo. San Agustín renunció la idea de matrimonio, y todas las esperanzas del siglo. Quiso antes de todo dejar su escuela de retórica; pero para hacerlo sin ostentación, esperó los feriados de la vendimia, que no habian de tardar sino tres semanas.

Luego que el Santo estuvo libre, se retiró á una casa de campo con su madre, su hermano Navigio, su hijo Adeodato, Alipio, Nebridio, y dos jóvenes discípulos suyos. Allí compuso sus primeras obras escritas con mucha pureza y elegancia. Tres libros *contra los Académicos*, para fortalecerse mas contra el error de que todo es incierto; y uno *de la vida bienaventurada*, para hacer ver que la felicidad está en el perfecto conocimiento de Dios. Otro *del orden*, ó de que todas las cosas buenas y malas están sujetas al orden de la Providencia, y de cual sea el orden de los estudios: y dos *de Soliloquios*, sobre el estudio de la sabiduría é inmortalidad del alma. Las tres primeras obras eran el resultado de las sábias conversaciones que tenia con sus amigos, en las cuales con franqueza y buen humor buscaba la verdad. Pensó entonces el Santo en escribir sobre las artes liberales, para enseñar á sus aficionados á elevarse de estos conocimientos al de Dios; pero solo nos queda de esta empresa su tratado *de la Música*. El Santo dió cuenta á San Ambrosio de las actuales disposiciones de su corazón, y cuando fué tiempo pasó á Milan, para ponerse en lista de los competentes. Preparábase para el bautismo pasando la noche en meditaciones importantes, y la mañana en largas oraciones, siempre acompañadas de lágrimas: la lectura de los salmos le conmovia mucho. Alipio domaba su cuerpo con gran fortaleza, y andaba en el invierno con los piés desnudos en aquella parte de Italia, que es país muy frio para los africanos.

Finalmente la vigilia de Pascua, día 25 de Abril del año 287, San Ambrosio bautizó á San Agustín, á su amigo Alipio, y á su hijo Adeodato, que entonces tenia quince años. El júbilo, con que los cristianos de Milan celebraron el bautismo del Santo no puede conocerse, sino leyendo lo que él mismo dijo del gozo de la iglesia

de Roma en la conversión y bautismo de Victorino. Una crónica antiquísima de la iglesia de Milan dice, que acababa la función del bautismo, al querer San Ambrosio y San Agustín dar gracias á Dios prorumpieron en el sublime cántico *Te Deum laudamus*, que todos los días resuena en nuestras iglesias. Lo cierto es que este himno ó cántico es tan antiguo, que San Benito y San Cesareo en sus reglas mandan rezarle despues de maitines, sin dar á entender que sea cosa nueva. San Agustín hablando de su bautismo pondera la dulzura con que se deshacia en lágrimas en aquellos días, y se le inflamaba el corazón al oír los himnos y cánticos de la iglesia. No expresa ninguno de los himnos que se cantaban, y aunque en sus obras cita algunos de San Ambrosio, deja de citar otros que son sin duda de este santo: el cual tambien es cierto que compuso muchísimos que no han llegado á nosotros, á lo menos con su nombre. Un breviario M. S. que llama al *Te Deum* himno de *Sisebuto monje* es de poca antigüedad y autoridad, para poner en clase de cierto un hecho tan poco verosímil como ser obra de un monje benedictino el himno que cita San Benito en su regla. Así debe quedar la tradición de la crónica de Milan en la clase de la noticias bien fundadas, aunque no ciertas.

San Agustín luego que fué bautizado quedó libre de la inquietud que le causaban sus pasados excesos; y en los primeros días penetrado de la mas dulce consolación interior, no sabia dejar de considerar la profundidad de los divinos juicios en orden á la salvación de los hombres. Consideraba tambien en donde podria servir á Dios con mas ventaja, y resolvió volverse á Africa con su madre, hijo, hermano y un joven llamado Evodio, paisano suyo, que dejó un buen empleo para dedicarse únicamente al negocio de su salvación. Pasaron de Milan á Ostia, donde hicieron alto para descansar, y esperar ocasión de embarcarse. Santa Mónica hablando un día con San Agustín de la vida eterna de los santos, le manifestó sus deseos de la muerte, diciendo que despues que le veia fiel católico no tenia que desear en este mundo. Sobrevinole poco despues una enfermedad, y al recobrase de un deliquio les dijo: «Vosotros dejareis acá á vuestra madre: al cadáver ponedle donde querais: lo que os encargo es, que dó quiera que vivais, os acordeis de mí en el altar del Señor.» Así murió en Ostia



el año 387 á las 56 de su edad. San Agustin la cerró los ojos. Evidió entonó el salmo centésimo: los demás respondieron, y así se juntó luego un gran número de personas piadosas de ambos sexos. Se ofreció por la difunta el sacrificio de nuestra redencion; y se hicieron otras preces delante del cuerpo antes de enterrarle, segun costumbre. Durante la funcion del entierro el Santo no lloró; pero despues en la noche derramó muchas lágrimas, con que se le templó su pena. Hizo oracion por su madre; y mucho tiempo despues cuando escribia sus confesiones, suplicaba á los lectores que en el santo altar se acordasen de Mónica su madre, y de Patricio su padre.

Desde Italia San Agustin se dirigió á Cartago, y se hospedó en casa de Inocencio abogado célebre que con toda su familia vivía con singular edificacion. Allí el Santo fué testigo de un portento singular. Inocencio habia tiempo que estaba atormentado de fistulas en el ano, y aunque le habian hecho varias incisiones, habia quedado un seno profundo, y los cirujanos creyeron indispensable una nueva operacion. El enfermo la temia, pensando morir en ella: y suplicó á varias personas de piedad, que solian visitarle, que no faltasen al dia siguiente para asistir á su muerte. Procuraron consolarle, exhortándole á confiar en Dios, y rendirse á sus disposiciones. Enseguida se pusieron en oracion, arrodillados, segun costumbre, y postrados en tierra. Inocencio se echó tambien al suelo con gran ímpetu, y oraba con tantos gemidos, lágrimas y fervor, que parecia que iba á espirar. Despues un obispo que habia entre ellos les dió la bendicion, y se retiraron. Volvieron el dia siguiente á la hora de la operacion: los médicos y cirujanos acudieron: quitaron al enfermo que estaba en la cama, los vendajes: el cirujano buscaba la parte afligida que habia de cortar; pero con el mayor asambro no halló mas que una cicatriz sólida, como si fuese muy antigua, y el mal enteramente curado. San Agustin que estaba presente refería despues este milagro, como uno de los mas notorios de su tiempo, en prueba de que los prodigios no habian cesado del todo en la Iglesia.

Retiróse el Santo en una casa de campo de Inocencio: allí estuvo tres años libre de todo cuidado temporal, viviendo solo para Dios, con ayunos, oraciones y obras buenas, meditando su ley de

dia y de noche, é instruyendo á los demás con sus palabras y escritos, en lo que Dios le descubria en la meditacion ú oracion. En este retiro compuso el Santo su libro *del Maestro*, que es un diálogo con su hijo Adeodato, en que trata del uso de la palabra, y prueba que toda enseñanza nos viene de Jesucristo verdad eterna. El Santo asegura que eran de su hijo todos los pensamientos que le atribuye, aunque no tenia sino diez y seis años, y murió poco despues. Escribió tambien el libro de la *verdadera religion*, que es una de las obras mas excelentes del Santo por la doctrina y por el estilo. Manifiesta que la verdadera religion no se halla sino en la Iglesia Católica: esplica la conducta de Dios en la salvacion de los hombres: trata de los dos medios con que los guía, la autoridad y la razon, y de los tres vicios que mas impiden la elevacion del alma hácia Dios, esto es el placer, el orgullo y la curiosidad, y concluye que la verdadera religion consiste en adorar un solo Dios Padre, Hijo y Espiritu Santo.

El deseo de asegurar la salvacion de un amigo hizo salir al Santo de este retiro, para llegar á Hipona. Estando un dia en la iglesia, Valerio su obispo manifestaba la necesidad que tenia de ordenar algun presbítero: y los fieles que conocian el mérito singular de San Agustin, le cogieron al instante y le presentaron al obispo para que le ordenase. El Santo se deshacia en lágrimas por un golpe tan imprevisto, y algunos se figuraron que lloraba porque no le hacian obispo. Y de este modo fué presbítero de Hipona desde el año 391. Valerio, conociendo su aficion al retiro, le dió un huerto de la iglesia. Allí formó luego un monasterio, con siervos de Dios que se le unian. Admitia tambien niños, esclavos y catecúmenos. Todos guardaban continencia. Todos antes de entrar se desprendian de los bienes que tuviesen, como habia hecho el Santo, que los habia vendido y dado á los pobres. Vivian, pues, vida comun sin tener nada de propio, como los primeros cristianos de Jerusalem. Valerio era griego de nacimiento y hablaba con dificultad la lengua latina; por lo que encargó luego al Santo que explicase el Evangelio en su presencia. Agustin le pidió algun plazo para acabar de instruirse en el modo de enseñar las verdades eternas, sin buscar mas que la salvacion del prójimo. «En este tiempo, le decía, no hay cosa mas fácil y lisongera, que hacer



las funciones de obispo, presbítero ó diácono, si se hacen como por ceremonia, y procurando ser complaciente; mas esto es hacerse miserable, injusto y digno de condenacion en la presencia de Dios. Al contrario, no hay empleos de mas dificultades, trabajos y peligros, ni de mas felicidades respecto de Dios, si se cumplen del modo que el Señor manda. De este modo comenzaba yo á aprender, cuando con violencia se me ha puesto por segundo timonero, sin saber todavia llevar el remo. No querais, pues, ¡oh, Padre Valerio! que yo perezca, metiéndome luego en mi ministerio. Dejadme siquiera hasta pascua para instruirme con la lectura, oracion y lágrimas.» El Santo luego que comenzó á predicar hizo tanto fruto, que los demás obispos fueron siguiendo el ejemplo de Valerio, y encargaban á sus presbíteros el ministerio de la palabra, que en Africa hasta entonces no ejercian sino raras veces en ausencia de los obispos.

Poco mas de un año habria que San Agustin era presbítero, cuando su amigo Aurelio, hecho obispo de Cartago, le escribió, pidiéndole el auxilio de sus oraciones y consejos. En la respuesta, lamenta el Santo el abuso de comilonas y borracheras, que eran frecuentes en iglesias y cementerios, con pretexto de venerar á los mártires y como sufragio de los difuntos. Asegura que en Italia y en casi todas las demás iglesias ultramarinas, ó jamás ha habido tal abuso ó los obispos le han cortado. Le parece que un mal tan arraigado no podrá quitarse del todo, sin la autoridad de un concilio; y que si alguna iglesia ha de comenzar ha de ser la de Cartago. «Has de quitarle, pues, ahora, prosigue el Santo, con el espíritu de suavidad y mansedumbre. Para tales abusos no sirven providencias ásperas, duras, imperiosas; mejor se quitan con instrucciones que con preceptos, con advertencias que con amenazas. Así se ha de proceder con la muchedumbre: la severidad es para los pecados de pocos. Y si amenazamos, ha de ser con dolor, acordando los castigos venideros con que nos amenaza la Escritura de modo que no se tema nuestro poder, sino el de Dios. Así se mueven primero los timoratos; y estos sucesivamente reducen á los demás. Los convites de los cementerios tambien deben prohibirse; pero sin quitar las oblaciones que se hacen por las almas de los difuntos, á las cuales debe creerse que realmente sirven de ali-

vio. Se ha de celar que tales ofertas no sean costosas, ni se vendan las que se hagan en pan, vino ó frutos, sino que se den de buena gana á cualquiera que pida, y si alguno ofrece dinero, desde luego á los pobres.» En lo restante de la carta, el Santo da consejos muy prudentes sobre el modo de conservar la humildad en medio de los honores y alabanzas, sin perjuicio de la autoridad.

El abuso de hacer convites en la iglesia con motivo de las fiestas de los mártires, le cortó San Agustin en Hipona, siendo todavia presbítero. Acercábase la fiesta de San Leoncio, obispo de aquella ciudad, y supo San Agustin que en el pueblo se murmuraba mucho con las voces que corrian, de que deseaba impedir los regocijos ordinarios. El miércoles anterior á la fiesta, comenzó á predicar contra los excesos de semejantes convites, haciendo ver que sus aficionados deben compararse con los cerdos, que se deleitan en suciedades, y por lo mismo son indignos de que la Iglesia les dé las cosas santas. Habia poca gente en el sermón; por lo que emprendió otra vez el mismo asunto en la junta inmediata que fué numerosa. Se habia leído el evangelio de los negociantes echados del templo. Volvió á leerle el mismo Santo, é hizo ver con cuanto mayor celo hubiera Jesucristo quitado del templo unos convites desreglados, que un comercio inocente. Añadió otras reflexiones, y mandó que si hiciese oracion. Al concluir la, volvió á hablar con cuanta vehemencia pudo, manifestando el peligro comun de los pueblos y de los pastores, que deben dar cuenta á Dios de sus almas. Y por todas las humillaciones del supremo pastor Jesucristo, por las afrentas, bofetadas y golpes en la cara, por su corona de espinas, su cruz y su sangre, les suplicó y conjuró, que á lo menos tuviesen compasion de él y del venerable Valerio, y no quisiesen que fuese ocasion de que ambos se condenasen el ministerio de la divina palabra, que el buen anciano le habia encargado para bien de ellos mismos. En fin, les manifestó su confianza de que si no hacian caso de lo que les decia, el Señor los visitaria con trabajos y penas en este mundo, y no permitiria su condenacion. Todo esto lo dijo con tal ternura, que los oyentes derramaron muchas lágrimas, y él no pudo contener las suyas.

El dia siguiente, que era el de la fiesta, supo que algunos todavia murmuraban, diciendo: «¿A qué viene esto ahora? ¿Los que



antes lo permitian, no eran cristianos?» San Agustín no sabiendo de que nueva manera valerse para moverlos, había pensado leerles lo de Ezequiel, de que la centinela cumple con avisar del peligro; y dicho esto sin hablar mas palabra sacudir su capa, y retirarse. Pero antes de subir al púlpito los que mas habían murmurado se le presentaron. Los recibió con blandura, y en pocas palabras los convenció. Con esto en su sermón mudó de idea, y respondió á aquella objeción: *¿Por que ahora?* En primer lugar, dijo, que si tan intolerable abuso ya no se había quitado antes, á lo menos debía quitarse entonces. Pero, para excusar á los que le habían tolerado, explicó su introducción. Después de las persecuciones de la Iglesia, los paganos que se convertían en gran número sentían mucho haber de dejar los convites que se hacían en honor de los ídolos. Por esto creyeron nuestros mayores, que por entonces podían tolerar que se hiciesen en obsequio de los mártires unas fiestas semejantes. «Mas ahora, decía el Santo, ya es tiempo de que vivais como cristianos, y que abandoneis lo que solo se concedió á vuestros padres, para que se hiciesen cristianos.» San Agustín observando que las gentes estaban conformes en abolir aquella mala costumbre, les encargó que asistiesen al medio día, que se leerían las Escrituras, y se cantarían salmos. El concurso fué mayor que por la mañana: se leyó y cantó alternativamente, y el obispo obligó á San Agustín á hablar otra vez al pueblo. Hizo un breve discurso para dar gracias á Dios: se celebró el oficio de visperas como todos los demás días, y aun después de haberse retirado el obispo y el clero, quedó mucha gente en la iglesia cantando salmos hasta que fué de noche.

La fama de San Agustín iba siempre en aumento. Sus sermones eran concurridos por los herejes, no menos que por los católicos; y las obras que iba publicando sobre la Escritura, y contra los donatistas y maniqueos, eran buscadas de todas partes. El obispo Valerio temió que se lo llevarían para hacerle obispo de otra iglesia, y viéndose muy viejo y con poca salud escribió reservadamente al obispo de Cartago, pidiéndole permiso para que Agustín fuese consagrado obispo de Hipona, mas como coadjutor ó auxiliar, que como sucesor suyo. Obtuvo respuesta favorable, y en seguida suplicó al primado de la Numidia, que era Megalio,

obispo de Calama, que fuese á visitar la iglesia de Hipona. Así que llegó, Valerio le declaró su intención como también á los demás obispos que se hallaban en Hipona, y á su clero y pueblo. Todos celebraron tan agradable sorpresa, y el pueblo con sus aclamaciones pidió con ardor la pronta ejecución. Megalio, tuvo al principio algun reparo por una infundada calumnia contra San Agustín, cuya inocencia conoció luego, y pidió perdón de su sospecha. Al Santo le parecía mal que se le consagrara viviendo Valerio; pero le citaron muchos ejemplos semejantes de varias iglesias, y por entonces á nadie ocurrió el cánón octavo niceno que prohíbe ordenar obispo para iglesia que no esté vacante. Y de este modo San Agustín fué ordenado obispo de Hipona en vida de Valerio, poco antes de Navidad del año 395 á los 42 de su edad.

Gobernó San Agustín la Iglesia de Hipona con un celo extraordinario y mucho provecho de las almas. Siempre vivía rodeado de su clero, y por este medio conocía sus virtudes y sus vicios alentándole en los primeros y remediando con prudentes y acertadas medidas los segundos. El arreglo de su casa era cosa admirable. Puede decirse que era un verdadero monasterio, y basta leer con atención sus sermones 355 y 356 para convencerse de esta verdad. Su comida era muy frugal y sobre la mesa hizo grabar una inscripción latina, en la cual se advertía que no se permitía en manera alguna la murmuración. Se componían los alimentos de yerba y legumbres, y á los mas débiles se les servía después carne y vino, y durante la comida se leía ó se trataba de alguna cuestión importante. Sus vestidos eran pobres, pero limpios y decentes.

En el año 428 los vándalos entraron en Africa. San Agustín era de opinión que se hiciese resistencia, pero al fin se convenció de que era imposible impedir aquella invasión. Consideró las profanaciones que se habían de seguir y con lágrimas en los ojos pidió á Dios que le enviara la muerte para no presenciar aquellos desastres. El señor se dignó escucharle y el santo obispo dejó esta vida por la eterna el 28 de Agosto del año 430, cuando contaba 76 de edad.

Antes de hablar de los admirables escritos del santo *Doctor de la Gracia*, llamaremos la atención del lector sobre uno de los sucesos mas notables de su vida, que es el de Antonio de Fusala, que el mismo refiere en una carta dirigida al papa San Celestino



sucesor de San Zósimo, asunto que el historiador Amat, refiere de esta manera:

«San Agustín da la enhorabuena al papa San Celestino por su elección; felicitándole de que en ella no haya habido la menor disensión del pueblo, y luego añade: «Voy á dar cuenta á vuestra Santidad de lo que ocurre en esta Iglesia, para que me auxilie no solo con sus oraciones, sino tambien con sus consejos y protección. Me dirijo á vuestra Beatitud por verme en el mayor conflicto; pues por poca precaucion mia he ocasionado grandes estragos á unos miembros de Cristo, á quienes intentaban socorrer. Fusala es un lugar muy poblado de este obispado de Hipona, distante de la ciudad unas cuarenta millas. Todos sus habitantes eran donatistas, y en las aldeas inmediatas eran poquísimos los católicos. Para facilitar su conversion envié algunos presbíteros, pero fueron desnudados, apaleados, estropeados, privados de la vista, y en fin de la vida. Sus trabajos y su sangre no quedaron sin fruto: en poco tiempo se reconciliaron con la Iglesia Fusala y sus aldeas, quedando poquísimos cismáticos. Creí que por la extension del obispado de Hipona, y la distancia de Fusala, era esta nueva Iglesia digna de tener un pastor propio: le busque con gran diligencia, y habiendo hallado un presbítero muy apropósito, hice que el primado de la Numidia viniese á consagrarle. Pero no fué posible persuadir á aquel presbítero que aceptase la dignidad episcopal. Entónces, prosigue el Santo, mejor hubiera sido diferir la elección que precipitarla; pero para que el primado, anciano venerando, no se hubiese fatigado en vano con tan largo y penoso viaje, propuse á Antonio, jóven que se habia criado en mi monasterio, pero que no era mas que lector. Los de Fusala, solo porque yo le proponia, le admitieron con ciega obediencia, y fue consagrado. Yo quisiera no cargar al obispo á quien crié y elegí, y no desamparar á unos fieles á quienes con tanto dolor y trabajo parí en el Señor. Pero no hallo medio de unir estos extremos. Los recursos fueron tales contra Antonio, que fué preciso un solemne juicio. Sus feligreses le acusaban de rapiña, y de una intolerable tiranía: otros de adulterios. Estos no se probaron: así empezamos á mirarle con compasión; y creyendo que como jóven se enmendaria, la sentencia se redujo á que restituyese todo cuanto se justificase que habia quita-

do, y quedase privado de comunión hasta haberlo cumplido. Así le dejamos íntegro el honor del obispado: bien que limitándole las facultades, y privándole del gobierno de sus feligreses, porque estos de ningun modo querian sufrirle, y era de temer que su impaciencia les hiciese cometer algun atentado.

«Por tanto, beatísimo Señor, venerado y Santo Papa, con el mayor encarecimiento os ruego, que mandeis que se os lean todos los documentos que se os han enviado. Ved como se portó Antonio en el obispado: como se allanó á nuestro juicio, y depositó la cantidad necesaria, para recobrar la comunión: ved con cuanta astucia sorprendió á nuestro primado, varon muy respetable, y logró que le recomendase al papa Bonifacio, como si fuese inocente: y lo demás que no era menester que yo acuerde, pues el mismo venerando anciano, ya desengañado, ha dado cuenta de todo á V. Santidad.» Advierte despues el Santo, que Antonio alegaba contra sus jueces la misma excesiva benignidad con que le habian tratado: pretendiendo que ó bien debian privarle de la dignidad episcopal, ó bien dejarle en su silla; y prosigue: «No faltan sentencias dadas ó confirmadas por la silla apostólica, en que algunos obispos, sin ser privados del honor de obispo, han sido castigados por sus delitos;» y omitiendo los ejemplos antiguos, alega tres recientes de la sola provincia de Cesarea. Advierte San Agustín que el papa san Bonifacio, aunque mandó restablecer á Antonio en su silla, con pastoral precaucion añadió: «Con tal que nos haya expuesto el órden de los hechos con fidelidad.» Y por lo mismo ruega al Papa que se entere bien del proceso, y de lo que se hizo en Africa despues de recibido el rescripto de Bonifacio de santa memoria. Sobre todo le recomienda el recurso de los Fusalenses quienes, dice, imploran vuestra protección, por la misericordia del Señor, con mas ansia que el que tanto los molesta. Este los amenaza de que los jueces y las tropas serán los ejecutores del rescripto de la silla apostólica; y ellos temen mayores males ahora que son católicos, de un obispo católico, que de las leyes imperiales cuando eran herejes.»

«Por la sangre de Jesucristo, añade el Santo, y en memoria del apóstol San Pedro, que encarga á los obispos, que no dominen con violencia, os suplico que no permitais que se cumplan aque-